

El viaje de Ana

MMar Toscano Pérez

Ana se levantó con un terrible dolor de cabeza. La sangre bombeaba contra su sien nublándole la vista y el juicio. El eco de la voz de su casera reverberaba contra las paredes heridas de su cerebro recordándole que había vuelto a retrasarse en el pago del alquiler. Sólo la firme promesa de que lo ingresaría a la mañana siguiente en un descanso entre clases logró apaciguar el graznido cruel de aquella oronda señora que sólo entendía de chocolate, cortinas y dinero.

El autobús de línea dio un frenazo y Ana por poco cayó al suelo. Al otro lado del cristal contra el que había apoyado la frente una pareja de ancianos levantaba airada el puño contra el conductor. El mundo parecía muy enfadado esos días. El madrugón, el frío, la asquerosa lluvia sucia que lo anegaba todo, la polución de los coches, la vuelta al trabajo o el alineamiento de Plutón y Marte. Cualquiera era una buena excusa para justificar el repentino cambio de humor de toda la ciudad, o al menos para un nuevo reportaje en televisión y un nuevo síndrome para los psicólogos.

Tal vez fuera la suma de todas ellas más la añoranza de los largos días de verano que había dejado escapar, encerrada en una oficina y viendo el sol oscurecido por los tubos fluorescentes del techo falso. Una lúgubre voz repetía desde el fondo de su alma que no volvería a vivir un verano de los 25, y que ella había gastado cada uno de sus días inventariando expedientes sin valor más que para las polillas.

Tal vez a los viandantes malhumorados les ocurriera lo mismo que a ella, que mientras la sangre le taladraba la cara interna del cráneo con violentos empujones abría paso, al mismo tiempo, a la consciencia de la propia mortalidad.

La efímera mañana transcurrió mortalmente aburrida entre libros que no decían nada y profesores que no sabían hacerlos hablar. A su alrededor, catorce alumnos

desperdigados por el aula bostezaban sin pudor en las fauces de quien tendría que evaluarles al final del semestre. Tampoco a él parecía quitarle el sueño.

Dos semanas atrás, la clase había estado llena hasta el final, banca a banca, por los cien alumnos listados en matrícula. Dos semanas habían bastado para que aquel hombre que pasaba de largo la cincuentena les hubiera transmitido su desidia vital. Sentado en el amplio escritorio dos palmos por encima de las cabezas de los alumnos, el espíritu de la enseñanza movía las barbas para leer, sin emoción, el mismo texto que estaba escrito en la pared con tinta luminosa, el mismo texto que reposaba también, ávido de lectores, dos plantas más abajo en los cajones de la copistería.

Media hora antes de tiempo, la clase ya había finalizado. Ana guardó sus apuntes en la carpeta de plástico transparente con indiferencia. Allí se quedarían hasta enero, quizás diciembre si le entraban los remordimientos de Fin de Año, aunque era poco probable.

El bip-bip de su móvil pasó desapercibido en el ruidoso pasillo excepto para sus oídos. Esperaba aquel sonido desde la noche anterior, y su retraso significaría, de una forma o de otra, una molestia para ella. Al final habían quedado para comer, a las dos en el centro. El reloj marcaba la una desde hacía diez minutos y entraba a trabajar a las tres y media. Pero iría, *tenía* que ir.

Violeta y Martina se retrasaron más de 20 minutos. Dos besos, una disculpa rápida, y las prisas para el camarero.

— Y no que me dice “lo siento pero no aceptamos tarjeta de crédito”. — Violeta aprovechó la energía de sus reproches al camarero para empezar una crítica apasionada contra el sistema. — ¡No aceptamos tarjeta de crédito! ¿Pero en qué siglo vive? Todo el mundo acepta tarjeta de crédito, hasta los chinos. Pero te lo juro, es la última vez que

voy a ese quiosco a por el *Vogue*. ¡Menudo cateto! — exclamó trayendo a su recuerdo la cara de pasmo del tendero. — Pues no que me hizo deletreárselo. *Vogue, Vogue, Vogue*. No creo yo que sea tan difícil. Hasta que no le dije “vo-gue”, tal cual, ni se coscó. Pero así funcionan las cosas por aquí.

Martina asentía en silencio. Afirmaba cada comentario de su amiga con un enérgico movimiento de cabeza mientras aderezaba la ensalada multicolor con un poco de aceite. Ana la observó como si acabara de descubrirla, ajena al subyugante monólogo de Violeta. El dolor de cabeza parecía inmunizarla contra el suave veneno que se deslizaba a través de su lengua envuelto en bocanadas de aire. Martina, sin embargo, permanecía atenta y fiel, acólita de una reina y de una voz que no era la suya.

— Lo que te diga es poco. — prosiguió Violeta chasqueando los dedos para que el camarero le trajera otro refresco. — Qué te voy a contar. *Lo* nos dijo lo de tu alquiler. Una putada que tu jefe no te pague. *La crisis, la crisis*. Ya. Como si no supiéramos que es un invento de la prensa para vender más periódicos. Pero se aprovechan los muy cabrones. Asustan a la gente y... Menudos prendas hay en el gremio. Con perdón, claro, Anita, tu padre es buena gente.

Violeta masticó con avidez un par de hojas de lechuga crujiente. El movimiento de sus dientes al molerlas a través de los labios entreabiertos asemejaba para Ana el efecto de aquella charla sobre su cabeza. El paracetamol no le había hecho efecto y sentía el resfriado tomando posesión de su garganta.

Las chicas hablaban ahora de *Lo*, de *Lo* y de Arturo, y del novio de *Lo* y mejor amigo de Arturo. A pesar de sus palabras, Ana intentaba convencerse a sí misma de que sus intenciones eran nobles y de que la preocupación por el futuro de *Lo* era sincera. En la acera de enfrente, un coche rojo sobre un charco empapó a un peatón desprevenido.

Era un hombre joven, *veintipocos*, vestido de chaqueta y con un portafolio nuevo. Seguramente iría a buscar trabajo. Ana creyó ver, durante un segundo, cómo su rostro parecía estar al borde del llanto pero pronto la impotencia se transformó en rabia y el muchacho la emprendió a golpes contra su inútil paraguas. «Hijo de puta» leyó por tercera vez en sus labios.

— Entonces Jesús se fue a casa, pero Lo no apareció hasta tres horas más tarde. Yo no sé qué está haciendo. Está un poco tonta últimamente. Una lástima. Jesús es un buenazo y a este paso va a perderlo. Y por el idiota de Arturo, nada menos.

— Hablando de Arturo, — intervino Martina. — Ha conseguido la casa para el puente. Por fin. Tengo unas ganas terribles de pasar unos días tranquilos, de barbacoa, junto al fuego así, todos juntos...

Violeta pinchó una aceituna negra con una esquina del tenedor y jugó con ella sobre la aceitosa salsa salmón que cubría el cuenco de madera. Sus ojos chillaban de hambre al ver la danza de la aceituna, pero su determinación era más fuerte. Con un gesto decidido dejó los cubiertos sobre el cuenco y lo empujó al centro de la mesa.

— Sale a setenta euros cada uno. Contando con la carne. — apuntó muy al hilo de sus propios pensamientos subconscientes. — Hay que dárselos a Lo antes del miércoles.

A Ana se le hizo un nudo en la garganta, pero las chicas no parecieron darse cuenta. Continuaban hablando del estupendo fin de semana que pasarían en la sierra y calculaban las botellas de alcohol que iban a necesitar. «Eso son por lo menos veinticinco euros más por persona». La mente de Ana aún era capaz de hacer una suma sencilla, y el fantasma de esos casi cien euros que no tenía sobrevolaba el plato vacío que se llevaba consigo sus últimos diez euros disponibles.

«Antes del miércoles».

Estaban a lunes y el martes tenía que pagarle doscientos a la casera. Ana abrió la boca para protestar pero se detuvo. Aquel mareo febril le otorgaba una lucidez que no había experimentado jamás y comprendió, de súbito, que hablar no habría servido de nada. Las palabras de Violeta colapsaban el espacio disponible entre las bocas y los oídos de las chicas, sobre los restos de comida y los vasos de coca-cola aguada por culpa del hielo.

Las manos de Violeta dirigían el tráfico de la conversación. Una queja, un halago, una crítica, un deseo para el fin de semana, un pronóstico. Alternativamente daba paso a Martina y a Ana, pero como esta última permanecía con la vista fija en la nada Violeta ocupaba sin reparo su lugar.

El reloj de la iglesia marcó las tres de la tarde sacando a Ana de su trance momentáneo. En algún momento durante su letargo, Violeta había vuelto al quiosquero y lo parodiaba para hilaridad de Martina. La lástima por el pobre hombre cogió desprevenida a Ana, a quien un poderoso sentimiento de repugnancia empezaba a nacerle en el estómago y a subirle por la garganta, empujando las palabras que había decidido no decir hacia fuera.

— Yo no puedo pagar eso.

— ¿Qué? — preguntó Violeta, a quien sólo le venían a la mente los tres euros cincuenta del *Vogue*.

— La sierra. La casa. No tengo cien euros.

— No son cien, son setenta. Y no seas tonta Ana, esto ya lo sabías desde hace tiempo y dijiste que te daría tiempo a ahorrar. Contábamos contigo.

— Sí, pero no puedo. Hice mal. Lo siento. Tengo que pagar el alquiler. Tengo que irme a trabajar.

Sus frases cortas e inconexas dejaron perplejas a sus amigas. Parecía como si un robot hubiera reemplazado a la siempre alegre y locuaz Ana. Violeta pidió la cuenta sin mirar siquiera al muchacho que zigzagueaba entre las mesas, gacela en una selva de manteles.

— Anda hija y acuéstate un ratito, porque vaya tela cómo estás. Casi que no has hablado en toda la comida, y ahora te vas así, diciendo esa tontería y con cara de boba.

— No es una tontería, no tengo dinero. Hablamos hace tres meses, no podía saber...

— Nada, nada. Tía, en serio. Piensa bien lo que estás diciendo porque nos fastidias a todos la verdad, por un capricho. Hay que pensarse mejor las cosas, ¿vale? No, no, mira, déjalo. Tranquilízate y lo hablamos mañana. Te llamo, ¿ok?

Ana asintió, pero ya no escuchaba nada. Dejó los diez euros encima de la mesa y caminó despacio, como si le pesaran los pies y el alma, hacia la parada del autobús. A su espalda quedaban Violeta y Martina, boquiabiertas, que no tardaron en cerrar sus bocas para sorprenderse del extraño estado de su amiga. Sin embargo, esta vez sus palabras fluían en la dirección del viento y se alejaban calle abajo, lejos de los oídos de su amiga, a quien el aire fresco de la tarde despejaba, durante unos minutos, el terrible dolor de cabeza que la acompañaba desde el amanecer.

A las once de la noche el cuarto autobús del día se convertía, a los ojos de Ana, en un ataúd móvil que transportaba sus restos mortales desde el tanatorio hasta el infierno. Un ataúd rojo metalizado que volaba más que corría por unas calles cada vez más desiertas de coches y de almas. Ya no quedaban ancianos a los que asustar con un frenazo fuera de tiempo, ni tampoco era necesario apoyar el cuerpo pesado de sueño contra un cristal sucio cubierto de vaho. Ana se envolvía en su asiento en la fina rebeca de hilo y en los cables del mp3. La música atenuaba la presión de la sangre latiendo en las venas de su frente. Liberaba su consciencia y la dejaba flotar en el infinito, en un espacio vacío donde no existían profesores, ni compañeros, ni amigos, ni molestos clientes indecisos que nunca estaban de acuerdo con nada. Había sido el peor turno de su vida. La imagen del camarero que las había atendido en el almuerzo volvió a ella con nitidez. Debería haber hablado, debería haber dicho algo a favor de un compañero al ver el modo en que le trataba Violeta. Ahora ya era tarde para reproches, y la justicia divina le había regalado su propia Violeta para condimentar la tarde. Si le daban la beca dejaría la cafetería y no volvería jamás, aunque tuviera que perderse todos los fines de semana en la sierra, todas las fiestas dionisiacas desbordantes de vodka, ginebra y ron, la ropa nueva cada semana. Tampoco lo echaría de menos.

El autobús se detuvo. Ana se encogió de dolor al poner los pies fríos de nuevo en el suelo. Los zapatitos azules eran demasiado finos para la lluvia, aunque ni siquiera recordaba que hubiera sido una decisión consciente aquella mañana. Era como caminar descalza, sobre las colillas y los chicles, sobre las piedras de la terraza cubierta.

Un joven pálido se preparaba para descender en su misma parada. Le reconoció inmediatamente. Era el chico del portafolio al que había empapado un conductor desaprensivo. Parecía tan derrotado como ella. Las ojeras azules por el frío y el

cansancio, las manos rojas, los labios caídos hacia abajo. La puerta se abrió y él le cedió el paso con una sonrisa.

Con una sonrisa. El traje de chaqueta marrón encogido sobre sus puños por la acción del agua, arrugado y sucio, la camisa con manchas amarillas de barro seco, y el paraguas roto colgando del brazo, como un caballero del revés en alguna película de los años cincuenta, el chico de la lluvia le ofrecía el paso con una sonrisa. Ana aceptó su invitación y su sonrisa, pero le dejó marchar sin preguntarle por el trabajo. De regreso a casa por las oscuras calles de su barrio imaginaba cómo habría ocurrido todo al otro lado de la pantalla, de donde él procedía. Ella habría tenido valor, él habría respondido con aquella expresión encantadora de haber perdido una batalla pero confiar para la guerra, y habrían tomado un café calentito, servido por otros, en algún local cercano.

Suspiró. Sin embargo no lo lamentaba. Aquella ensoñación la mantenía a salvo de la imagen del mendigo revolviendo en el cubo de la basura, igual que la música alejaba los gritos de una señora que insultaba a su marido por encima del estruendo del televisor. En el mundo por el que ella transitaba estaba tomando café con un chico sucio y desaliñado que conservaba la sonrisa al final de un día agotador, y se la devolvía a ella, incapaz de recordar cuándo fue la última vez que se sintió en paz.

La llave se resistió a entrar en la cerradura. Para Ana era una premonición y una revelación de sus deseos ocultos. Lo último que deseaba en el mundo era entrar en aquel piso de hacía cuarenta años, con paredes de papel y puertas de contrachapado que no tenían una mala patada, ventanas por las que se filtraba el aire desde hacía un cuarto de siglo y tuberías sin fuerza para vomitar el agua. Sobre la mirilla, un Cristo bendecía al visitante con tres dedos de la mano derecha mientras una espina le atravesaba el corazón. Sin duda ella no tenía tanta paciencia.

Gloria se encontraba en el sofá, con las piernas en el regazo de Raúl, esbozando aquella sonrisa que Ana odiaba tanto. Bien sabía ella lo que venía después, y cómo las paredes de papel no contribuían precisamente a la intimidad y al espacio. Al verla, Raúl apagó de inmediato el cigarrillo que le pasaba Gloria y empujó las piernas de su novia hacia abajo. «No tienes por qué hacerlo», le susurró ella pero en voz aún lo suficientemente alta como para que su compañera de piso pudiera escucharla con claridad. Él no le hizo caso.

— ¡Ana! Hola, qué tarde llegas. ¿Has cenado ya? Te estábamos esperando.

Raúl se levantó de un salto del sofá de flores y se fue a la cocina a calentar la cena.

— He hecho raviolis. A los cuatro quesos. Cámbiate mientras termino, pareces agotada.

Ana sonrió agradecida y se encaminó a su dormitorio. A sus espaldas, Gloria imitaba a Raúl con burla caminando hacia él. «Qué te tiene que importar a ti que esté cansada o no», le reprochaba en voz baja jugando con el cuello de su camisa. «Bastante es ya que la hemos esperado. Podría haber llamado la muy petarda, y así...» susurraba robándole besos al cocinero. Ana no quiso saber más. Cerró la puerta apoyándose contra ella con los ojos cerrados y corrió el pestillo. El aroma de los raviolis se filtraba por debajo de la puerta, pero por nada del mundo habría vuelto a salir al salón. Ni siquiera por Raúl. Ya le guardaría un plato en el microondas, como otras veces, con alguna notita tonta en italiano que ella le contestaría, al levantarse hambrienta de madrugada, en su italiano inventado.

Ana se coló una camiseta vieja de su padre que le llegaba por las rodillas para dormir. Ya no olía a él sino a ella misma, pero su recuerdo tenía siempre un poder

tranquilizador. Tomó un par de pastillas de la mesita de noche y las tragó sin agua, con la esperanza de que calmaran por fin el dolor de cabeza y el carraspeo de la garganta, cada vez más irritada. Apagó la luz, y la voz de Raúl junto el aroma de los raviolis de queso fue lo último que percibió antes de quedarse completamente dormida. Media hora más tarde, él ya no se acordaría de ella.